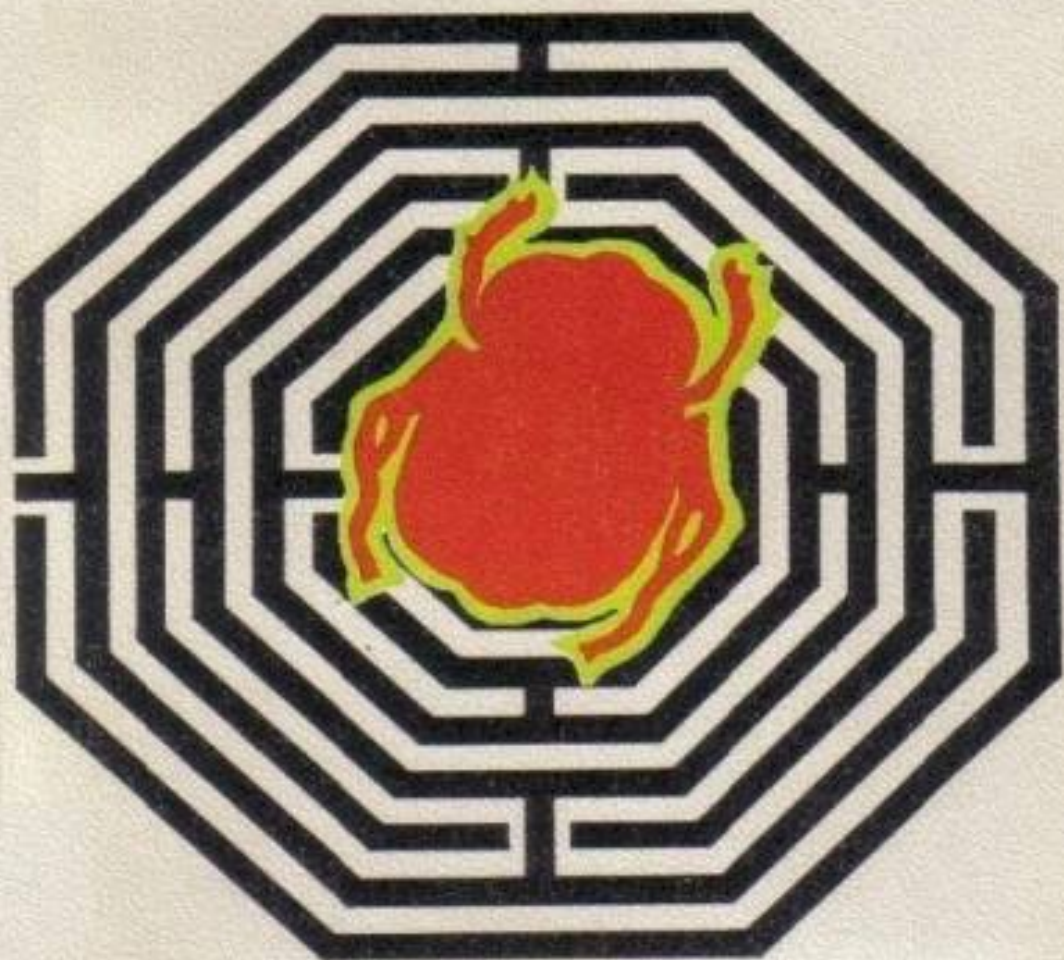


H. P. LOVECRAFT
Y OTROS

**Relatos de los mitos
de Cthulhu 2**



Alrededor de la figura casi legendaria de Lovecraft, surgieron una serie de autores que explotaron y desarrollaron la terrible mitología evocada por el genio de Providence, dando lugar a uno de los fenómenos literarios más sugestivos e inquietantes de nuestro siglo: LOS MITOS DE CTHULHU. Por primera vez completa en castellano, ésta es la recopilación de LOS MITOS llevada a cabo por August Derleth, colaborador directo y albacea literario de Lovecraft.

La ambigüedad de la dialéctica (realidad-ficción) en la narrativa lovecraftiana

Cabría decir que el tema central de la narrativa lovecraftiana —como el de la política tercermundista— es la inestabilidad de las fronteras. Inestabilidad física de las fronteras que separan «nuestro» universo —aparentemente racional y ordenado— del maligno caos poblado de inefables horrores que acecha «al otro lado». Inestabilidad conceptual de la frontera que separa la realidad de la ficción, la vigilia del ensueño, la razón de la locura...

La primera inestabilidad, la del muro que separa nuestro mundo del «otro», suministra las líneas argumentales: temáticamente, se puede decir que los relatos de los Mitos de Cthulhu son otras tantas descripciones de las fisuras de dicho muro, por las que las indescriptibles y maléficas entidades del «exterior» intentan (y a menudo lo logran) abrirse paso hasta nosotros.

La segunda inestabilidad inspira las peculiaridades de estilo y enfoque, esa inquietante fluctuación entre lo onírico y lo vigil, lo racional y lo irracional, lo cierto y lo imaginario, que caracteriza a los autores del círculo de Lovecraft.

El deliberado juego del escondite en que realidad y ficción se acechan y persiguen mutuamente en la narrativa lovecraftiana, llega a ser desconcertante para el lector no familiarizado con el peculiar acuerdo tácito que liga a los «iniciados». Ciertos textos malditos, por ejemplo, se citan con tal rigor erudito y lujo de referencias verosímiles, que no

hay que sorprenderse de que en bibliotecas perfectamente serias existan fichas del Necronomicón.

Pero todavía más desconcertante puede llegar a ser la forma en que algunos autores del círculo de Lovecraft aluden en sus relatos al maestro, haciéndole intervenir personalmente en la trama, citando sus obras reales junto a los textos imaginarios del culto cthulhiano, llegando incluso a insinuar que su prematura muerte —como la de tantos protagonistas de sus relatos— pudiera estar relacionada con su conocimiento de lo secreto y lo prohibido.

Como en algunos grabados de Escher, distintos planos de realidad y ficción se cruzan o superponen en un mismo escenario narrativo, sugiriendo nuevas perspectivas e impugnando las familiares.

El núcleo de este segundo volumen de nuestra antología de relatos de los Mitos de Cthulhu, lo constituye, en este sentido, un auténtico *tour de force* a cargo del propio Lovecraft y de su aventajado discípulo Robert Bloch. En el alucinante tríptico compuesto por *El vampiro estelar*, *El huésped de la negrura* y *La sombra que huyó del chapitel*, ambos autores se convierten uno a otro en protagonistas de sus relatos y, con afectuosa ironía, se atribuyen mutuamente las muertes más espantosas, como inmolándose, en una magistral jugada de sutil humor negro, a sus propios dioses privados.

Y puesto que en el prólogo del primer volumen aludí a la solapada ambigüedad ideológica de la narrativa lovecraftiana, y en éste me he referido a su deliberada ambigüedad a nivel de fabulación, forzoso será hablar también de la ambigüedad de la escuela de Lovecraft como tal: de la inestabilidad de la frontera que separa los Mitos de otras temáticas fantásticas, de la «legitimidad» de sus numerosos cultivadores... Pero ése ya es otro prólogo.

CARLO FRABETTI

AL OTRO LADO DEL UMBRAL

August Derleth

(Título original: *Beyond the Threshold*)

En esta ocasión, Derleth se centra en el tema del «Umbral», uno de los elementos clave de la mitología lovecraftiana: la oscura puerta que da acceso a un inimaginable caos «exterior», siempre dispuesto a vomitar sus aborrecibles horrores en nuestro frágil universo.

I

En realidad, ésta es la historia de mi abuelo.

En cierto modo, sin embargo, pertenece a la familia entera, y por encima de ella, al mundo; y ya no existe razón alguna para ocultar los terribles detalles de lo que sucedió en la casa solitaria, perdida en lo más profundo de los bosques del norte de Wisconsin.

Las raíces de la historia se retrotraen a las brumas de los primeros tiempos, muchísimo antes de los principios de la familia Alwyn, pero de esta parte no sabía yo nada en la época de mi visita a Wisconsin en respuesta a la carta de mi primo sobre el extraño debilitamiento de nuestro abuelo. Desde niño, había considerado siempre a Josiah Alwyn algo así como un ser inmortal que no parecía cambiar a lo largo de los años: era un anciano de pecho abombado, con una cara llena y carnosa, decorada con un bigote muy recortado y una pequeña barba que suavizaba la angulosa línea de su mandíbula cuadrada. Sus ojos eran oscuros, no demasiado grandes, y sus cejas pobladas; llevaba el pelo largo, de suerte que su cabeza tenía un aspecto leonino. Aunque le vi poco en mi juventud, dejó en mí una huella imborrable, durante las breves visitas que nos hacía cuando pasaba por la casa solariega, próxima a Arkham, en Massachusetts; aquellas cortas visitas de paso hacia remotos rincones del mundo: el Tibet, Mongolia, las regiones árticas y ciertas islas poco conocidas del Pacífico.

Hacía años que no le había visto, cuando me llegó la carta de mi primo Frolin, que vivía con él en la vieja mansión que tenía mi abuelo en el corazón de los bosques y la-

gos del norte de Wisconsin: «Desearía que pudieses ausentarte de Massachusetts lo suficiente como para venir hasta aquí. Ha pasado mucha agua bajo los puentes, y ha soplado mucho viento también, desde la última vez que estuviste. Francamente, creo que es muy importante que vengas. En las actuales circunstancias, no sé a quién dirigirme, ya que el abuelo no es el mismo, y necesito a alguien en quien poder confiar». No había nada que fuese claramente apremiante en la carta, y, sin embargo, daba una extraña sensación de perentoriedad; había algo entre líneas que inducía, invisiblemente, intangiblemente, a no dar más que una respuesta a la carta de Frolin; algo en la frase sobre el viento, en la forma de decir que *el abuelo no era el mismo*, y en la necesidad que expresaba de tener a *alguien en quien poder confiar*.

Pude pedir permiso en mi cargo de bibliotecario auxiliar de la Miskatonic University de Arkham, en el mes de setiembre; así que fui. Fui, inquieto por la casi misteriosa convicción de que la necesidad de ir urgentemente era grande: viajé en avión de Boston a Chicago, y de allí, en tren, al pueblo de Harmon, en lo más profundo de la región boscosa de Wisconsin: un lugar de gran belleza natural, no lejos de las costas del lago Superior, de suerte que era posible, en días de viento, escuchar el ruido del agua.

Frolin me esperaba en la estación. Mi primo frisaba casi los cuarenta años, pero aparentaba unos diez menos, con sus ardientes e intensos ojos castaños, su boca suave y sensitiva, aunque él siempre había oscilado entre la gravedad y una especie de rudeza contagiosa: «La sangre irlandesa», como dijo una vez nuestro abuelo. Le miré directamente a los ojos al darnos la mano, tratando de descubrir alguna clave de su misteriosa zozobra, pero sólo vi que estaba efectivamente preocupado, pues sus ojos le traicionaban, al igual que las aguas de un estanque revelan las turbulencias del fondo, aunque tengan la superficie como el cristal.

—¿Qué ocurre? —pregunté, sentado a su lado en el cupé, mientras nos internábamos en la región de altos pinos —. ¿Está en cama el viejo?

Negó con la cabeza.

—¡Oh, no, nada de eso, Tony! —Me lanzó una mirada extraña, contenida—. Ya lo verás. Espera y lo verás.

—¿Qué es, entonces? —insistí—. Tu carta era de lo más apremiante.

—Esperaba que lo fuera —dijo él, gravemente.

—Sin embargo, no es nada sobre lo que pueda preguntar —admití—. No obstante, algo pasa.

Sonrió.

—Sí, sabía que comprenderías. Te digo que ha sido difícil..., enormemente difícil. ¡Pensé en ti un montón de veces antes de sentarme a escribir esa carta, créeme!

—Pero si no está enfermo... Creí que me decías que no era el mismo.

—Sí, sí; eso te dije. Ahora espera, Tony; no seas tan impaciente; lo verás por ti mismo. Es su mente, creo.

—¡Su mente! —Sentí una clara oleada de sorpresa y pesar, ante la idea de que el espíritu de nuestro abuelo hubiera comenzado a flaquear; el pensamiento de que aquel cerebro magnífico hubiera declinado era intolerable, y me negué a admitirlo—. ¡Eso no! —exclamé—. Frolin, ¿qué diablos ocurre?

Él volvió sus ojos turbados hacia mí, una vez más.

—No lo sé. Pero creo que es algo terrible. Si fuese solamente el abuelo... Pero está la música, y luego todas esas cosas, los ruidos y olores y... —Captó mi mirada de asombro y desvió los ojos, casi con un esfuerzo físico, deteniendo su charla—. Pero se me olvidaba. No me preguntes más. Aguarda y lo verás por ti mismo —rió brevemente, con una risa forzada—. Quizá no sea el viejo el que está perdiendo el juicio. He pensado en eso a veces, también... con razón.

No dijo nada más, pero ahora empezaba a invadirme una especie de enervante temor, y durante un rato permanecí en silencio junto a él, pensando solamente que Frolin y el viejo Josiah Alwyn vivían juntos en aquella vieja casa, ignorando los pinos inmensos de los alrededores y el sonido del viento, y el fragante humo de las hojas quemadas que el aire arrastraba desde el noroeste. La noche cayó pronto en esta comarca poblada de oscuros pinos, y aunque aún se demoraban las últimas claridades en poniente, la oscuridad, desplegándose hacia arriba en una inmensa oleada azafrán y amatista, tomaba ya posesión del bosque por el que viajábamos. De la oscuridad brotaban los gritos de los grandes búhos cornudos y sus primos menores los autillos, prestando una magia imponderable a la quietud que sólo turbaban la voz del viento y el ruido del coche a través de la prácticamente solitaria carretera que conducía a la casa de los Alwyn.

—Ya casi estamos —dijo Frolin.

Las luces del coche cruzaron por encima de un pino desgarrado, fulminado por un rayo hacía años, el cual alzaba todavía dos ramas raquílicas arqueadas como brazos retorcidos hacia el camino: un viejo tocón hacia el que llamaron mi atención las palabras de Frolin, recordándome que estábamos a media milla de la casa.

—Si el abuelo te preguntara —me pidió entonces—, quisiera que no le dijese que te he llamado yo. No sé si le gustaría. Puedes decirle que te encontrabas no lejos de aquí, y se te ocurrió hacernos una visita.

Nuevamente sentí curiosidad, pero me abstuve de presionar más a Frolin.

—¿Sabe él que vengo?

—Sí. Le dije que había tenido noticias tuyas y que iba a bajar a la estación a esperarte.

Comprendí que si el viejo pensaba que Frolin me había llamado por su salud, se molestaría y quizá se enfadaría; sin embargo, la petición de Frolin implicaba algo más, más

que el simple deseo de salvaguardar el orgullo del abuelo. De nuevo se despertó en mí esa singular, intangible alarma, esa sensación repentina, inexplicable de temor.

La casa surgió súbitamente en un claro entre los pinos. Había sido construida por un tío de nuestro abuelo en tiempos de la colonización de Wisconsin, allá por la década de 1850: uno de los Alwyn marineros de Innsmouth, ese pueblo extraño y oscuro de la costa de Massachusetts. Era una construcción muy poco atractiva, adosada a la falda del monte como una vieja arrugada y ridículamente ataviada. Desafiaba muchas normas arquitectónicas, sin que por ello dejase de reflejar las facetas de la arquitectura de 1850, adoptando el más grotesco y pomposo aspecto de las construcciones de aquel entonces. Poseía una amplia galería, uno de cuyos costados conducía directamente a los establos donde antiguamente se guardaban caballos, birlochos y calesas, y donde ahora se albergaban dos coches, único rincón del edificio que mostraba alguna evidencia de haber sido restaurado desde que lo construyeron. La casa alzaba dos plantas y media sobre un sótano; probablemente —la oscuridad me impedía precisarlo con seguridad— estaba pintada todavía del mismo horrible color castaño; y a juzgar por la luz que salía de las ventanas encortinadas, el abuelo no se había tomado la molestia de instalar la luz eléctrica, contingencia para la que venía yo bien preparado, provisto de una linterna y una vela eléctrica, con pilas de repuesto para las dos.

Frolin metió el coche en el garaje, lo aparcó allí y sacó un poco de equipaje, abriendo la marcha hacia la puerta de la entrada, una gran pieza de roble de gruesos entrepaños, decorada con una enorme y ridícula aldaba de hierro. El vestíbulo estaba a oscuras, aunque de la puerta entreabierta del fondo surgía una débil luz que, no obstante, bastaba para iluminar espectralmente la amplia escalera que conducía al piso superior.

—Te llevaré primero a tu habitación —dijo Frolin, siguiendo escaleras arriba con el paso seguro del que frecuenta constantemente el lugar—. Hay una linterna en el pilar de la escalera, en el descansillo —añadió—, por si la necesitas. Ya conoces al viejo.

Encontré la luz y la encendí, entreteniéndome lo imprescindible, de modo que cuando subí a reunirme con Frolin, éste estaba ya junto a la puerta de mi habitación, la cual, como observé, se encontraba directamente encima de la entrada de la casa y, por tanto, orientada al oeste, como la propia casa.

—Nos está prohibido utilizar ninguna habitación de aquí arriba que dé al este del vestíbulo —dijo Frolin, clavando en mí sus ojos, como si dijese: «¡Ya sabes lo raro que se ha vuelto!»—. Esperé a que hiciera yo algún comentario, pero como seguí callado, prosiguió—: Así que tengo la habitación contigua a la tuya, y Hough está al otro lado de la mía, en el extremo sudeste. A propósito, como habrás adivinado, Hough está preparando algo de comer.

—¿Y el abuelo?

—Seguramente estará en su despacho. Recordarás la habitación.

Efectivamente, conocía aquella extraña habitación sin ventanas, construida bajo las explícitas indicaciones de nuestro tío-bisabuelo Leander, habitación que ocupaba casi toda la parte trasera de la casa, más el lado noroeste completo, y todo el ancho del costado oeste, salvo el pequeño ángulo sudoeste, acaparado por la cocina, cuya luz había visto yo filtrarse en el vestíbulo, al entrar. El despacho se había construido adentrándose en la ladera misma de la montaña, por lo que la pared este no tenía ventanas; pero no había razón, salvo la excentricidad del tío Leander, para no haber abierto ventanas en la pared norte. Aproximadamente en el centro de la pared este, efectivamente, y empotrado en el muro, había un enorme cuadro que llegaba del suelo al techo y ocupaba una anchura de casi dos me-

tros. Si esta pintura, ejecutada al parecer por algún amigo desconocido de tío Leander —si no por mi propio tío-bisabuelo— hubiese tenido algún rasgo de genio o de talento fuera de lo usual, semejante ostentación podría haberse pasado por alto; pero no era así; se trataba de una representación prosaica por demás de un paisaje del norte de la comarca, en el que se veía una ladera, con una cueva rocosa que se abría en el centro del cuadro, un sendero borroso que conducía a ella, una bestia impresionante que evidentemente pretendía ser un oso, tan común en otro tiempo en esta región, dirigiéndose hacia ella, y por encima, algo que parecía una nube siniestra perdida entre los pinos, alzándose oscuramente en derredor. Esta dudosa obra de arte dominaba el despacho completa y absolutamente, a pesar de las estanterías de libros que ocupaban casi todo el espacio disponible de las paredes de la habitación, y de la absurda colección de rarezas diseminadas por todas partes: trozos de piedra y madera curiosamente labrados, extraños recuerdos de la vida marinera de nuestro tío-bisabuelo. El despacho tenía toda la falta de vida de un museo y, sin embargo, respondía a mi abuelo como algo vivo; hasta la pintura de la pared parecía adquirir frescor cuando él entraba.

—No creo que nadie que haya entrado en esa habitación pueda olvidarla —dije con una mueca.

—Se pasa casi todo el tiempo ahí. No sale apenas, y supongo que cuando llega el invierno sólo aparece a la hora de las comidas. Se ha llevado allí la cama también.

Me estremecí.

—No puedo imaginarme que se pueda dormir en esa habitación.

—Ni yo. Pero ya sabes, está trabajando en algo, y creo sinceramente que tiene trastornado el juicio.

—¿Otro libro de viajes, quizá?

Movió negativamente la cabeza.

—No, creo que es una traducción. Algo distinto. Un día encontró unos viejos papeles de Leander, y desde entonces

parece haber empeorado progresivamente. —Alzó las cejas y se encogió de hombros—. Vamos. Hough tendrá ya preparada la cena, y tú tendrás ocasión de juzgar por ti mismo.

Las críticas observaciones de Frolin me habían predispuerto a ver a un anciano consumido. Al fin y al cabo, nuestro abuelo tenía setenta y tantos años, y no podía vivir eternamente. Pero físicamente no había cambiado en absoluto, por lo que pude apreciar. Allí estaba sentado para cenar: aún era el mismo anciano fuerte, su bigote y su barba no eran blancos, sino de un gris acerado, y su pelo era negro y abundante; tenía la cara igual de gruesa y colorada que siempre. En el momento de entrar yo, estaba comiendo con apetito un muslo de pavo. Al verme, alzó las cejas un poco, se quitó el muslo de la boca, y me saludó con el mismo calor que si me hubiese ausentado media hora.

—Tienes buen aspecto —dijo.

—Y tú —dije yo—. Estás hecho un curtido veterano.

Hizo una mueca.

—Muchacho, estoy detrás de la pista de algo nuevo: una región inexplorada, distinta de las africanas, asiáticas y árticas.

Lancé una mirada a Frolin. Evidentemente, esto era nuevo para él; fueran cuales fuesen las alusiones que nuestro abuelo había dejado escapar sobre sus actividades, no incluían esta novedad.

Me preguntó sobre mi viaje al Oeste, y el resto de la cena lo pasamos hablando de los demás parientes. Observé que el anciano volvía insistentemente sobre los largamente olvidados parientes de Innsmouth: ¿Qué había sido de ellos? ¿Les había visto alguna vez? ¿Qué aspecto tenían? Como yo no sabía prácticamente nada de nuestros parientes de Innsmouth, y abrigaba la firme convicción de que todos habían muerto durante la extraña catástrofe en la que muchos de los habitantes de esa apartada ciudad desaparecieron en el mar, no pude serle de ninguna ayuda. Pero el giro de estas preguntas inocentes me desconcertaba no

poco. En mi condición de bibliotecario de la Miskatonic University, había oído extrañas e inquietantes alusiones al caso de Innsmouth, y a la intervención de la policía federal, así como otras historias sobre extraños agentes, carentes todas ellas de ese esencial halo de veracidad que hiciera verosímil la explicación de los terribles acontecimientos que habían ocurrido en dicha ciudad. Quiso saber, por último, si había visto yo algún retrato de ellos, y cuando le dije que no, se quedó manifiestamente decepcionado.

—Mira —dijo con desaliento—, no hay retratos de tío Leander, pero las gentes de Harmon que le conocieron me contaron hace años que era un hombre muy casero, que su aspecto les recordaba al de una *rana*. —Súbitamente pareció más animado, comenzó a charlar con un poco más de vivacidad—. ¿Tienes idea de lo que eso significa, muchacho? No, por supuesto. Sería esperar demasiado...

Guardó silencio durante un rato, tomando a sorbos su café, tamborileando sobre la mesa con los dedos, y mirando fijamente al vacío con expresión singularmente preocupada, hasta que, de pronto, se levantó y abandonó la habitación, invitándonos a que fuésemos a su despacho cuando hubiéramos terminado.

—¿Qué opinas? —preguntó Frolin, tan pronto como oímos cerrarse la puerta del despacho.

—Es extraño —dije—. Pero no veo nada anormal, Frolin. Me temo...

Él sonrió lúgubrementemente.

—Espera. No emitas un juicio todavía; apenas hace dos horas que estás aquí.

Nos dirigimos al despacho después de cenar, dejando que recogieran la mesa Hough y su esposa, quienes habían servido a mi abuelo durante veinte años en esta casa. El despacho estaba intacto, aparte la adición de la vieja cama doble, arrimada contra la pared que separaba esta habitación de la cocina. Mi abuelo estaba esperándonos, evidentemente, o más bien esperándome a mí; y si había tenido

motivos para considerar críptico al primo Frolin, no hay palabra adecuada para calificar la subsiguiente conversación con mi abuelo.

—¿Has oído hablar alguna vez del Wendigo? —preguntó.

Admití que había tenido ocasión de leer referencias a este tema, juntamente con otras leyendas indias de la región del Norte: consistía en la creencia en un ser sobrenatural y monstruoso, de aspecto horrendo, que habitaba en las grandes soledades de los bosques.

Quiso saber si había pensado yo alguna vez que podía existir una relación entre esta leyenda del Wendigo y los elementos aéreos; y al contestar yo en sentido afirmativo, me expresó su curiosidad por saber cómo había llegado a conocer la leyenda india, tomándose el trabajo de explicarme que su pregunta no tenía nada que ver con el Wendigo.

—En mi condición de bibliotecario, tengo ocasión de tropezarme con un montón de cosas raras —contesté.

—¡Ah! —exclamó, echando mano de un libro que tenía cerca de su butaca—. Entonces, conoces indudablemente este libro.

Miré el pesado volumen de negra encuadernación, cuyo título en letras de oro iba estampado en el lomo únicamente: *The Outsider and Others*, de H. P. Lovecraft.

Asentí.

—Lo tenemos en nuestras estanterías.

—¿Lo has leído?

—Sí, claro. Es muy interesante.

—Entonces habrás leído lo que cuenta acerca de Innsmouth en su extraño relato, *La sombra sobre Innsmouth*. ¿Qué piensas de ello?

Reflexioné apresuradamente, traté de recordar la historia, y en seguida me vino a la memoria: era un cuento fantástico de horribles seres acuáticos, progenie de Cthulhu, bestia de origen primordial que vivía en las profundidades del mar.